

EL MONJE Y EL HÁBITO, LA COSA Y EL NOMBRE

De los maestros por excelencia, que son los maestros nacionales, se han venido ocupando más o menos los poderes públicos. Ahora, en las Cortes, no se trata de algo episódico -aunque justo y grato- como subirles el sueldo o levantarles un monumento, sino de definir la parte que les va a tocar en la nueva ordenación educadora del país. Todos coinciden en ponerlos de cemento o piedra fundamental, lugar de no poca gloria, pero también de mucho aguante, como acaso barruntara san Pedro cuando fue llamado para algo parecido. Lo curioso es que la proyectada Ley, al tiempo que quiere lo mejor para los maestros -tanto en la debida dignidad como en otras retribuciones-, y quizá por esto, acomete contra el mismísimo nombre del oficio. No se les va a llamar maestros, sino profesores. Habrá a quien le parezca que esto del nombre son pamplinas. Pues no, señor. El nombre hace a la cosa más que el hábito hace al monje. En toda revolución bien pensada, pisando los talones de las botas a la fuerza de choque van los bautizadores, los que inventan títulos para el adalid, frases para las paredes y hasta el almanaque de brumarios, floreales y vendimiarios. Se ve que en la carrera de san Jerónimo la guillotina parlamentaria trabaja por cambiar a fondo algunas cosas.

Es de suponer que esto del nombre de los maestros será tema donde poder ensayarnos sin mayor compromiso para el contraste de pareceres (del que también se ocupan los legisladores). Procura, desde luego, un asunto agradecido para la glosa periodística, aunque con el riesgo para el glosador de que mil otros glosadores lo hayan glosado. Y en las tertulias. Ustedes dirán que ya quedan pocas tertulias de café, y es verdad. Pero, ¿y las que se celebran -esas de media mañana... - en el taller o la oficina?

La división es neta entre favorables y contrarios. A favor de la tradición he oído citar eso: la tradición valiendo por sí misma. El que sí a un docente universitario se le llama profesor o catedrático, el día que le organizan un banquete -¡pues no digamos si le dan el Nobel!- todos le llaman, sencillamente, maestro. El que una gran lección se califica de magistral, igual que una fórmula de botica que sólo se despacha bajo receta. La culminación del ingenio humano que representa hacer una cosa con maestría. Y hasta el Divino Maestro, con mayúsculas...

Y en el frente contrario, los radicales. Cambiarlo todo. ¡No a la nostalgia! Mejor que la tradición, el plagio. Sí, claro, también a un capitán general se le titula ilustre soldado; pero apenas se le dice a un capitán a secas. Y luego, que si verdaderamente se quiere promover vocaciones nuevas, lo mejor es que el título sea nuevo.

Si he de opinar personalmente, y haciéndolo con la debida modestia, yo sospecho que la madre del cordero está aquí, en esto de las vocaciones. El desarrollo viene ofreciendo demasiadas tentaciones a los hombres y a las mujeres para que escojan encerrarse a bregar con unas docenas de niños. Por esto hay que disponer móviles suficientes. A veces bastará el de más pureza ética, o sea el amor profundo por la enseñanza. Otras veces, el deseo de conseguir una situación que permita vivir. Pero otras, y todavía sigue siendo lícito, el gusto de ejercer una profesión donde a uno le guste, incluso, el nombre de la profesión. Basta mirar lo que pasa en las empresas comerciales cuando se quejan de no encontrar viajantes. Entonces van y a los viajantes les, hacen tarjetas de visita como delegados, incluso inspectores: y ya está.

Bien. Ya hemos ejercitado un poco nuestra tierna musculatura política... Coincidimos todos en el deseo de que los españolitos puedan aprender más y mejor. Y que nunca vuelva a tener sentido lo de «pasar más hambre que un maestro de escuela». Ni, por supuesto, que un profesor de primera enseñanza. Perdón: profesor de educación preescolar y educación general básica.

Antonio PEREIRA